9,212

54

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡¡TRES YERNOS!!

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA ARREGLADA DEL FRANCES

POR LOS SEÑORES

D. CALISTO NAVARRO

Y

D. JOAQUIN ESCUDERO.

Estrenada con gran éxito en el teatro de Eslava de Madrid la noche del 27 de Noviembre de 1878.

Archivo Teatral
MILLÁ 54
San Pablo 21-BARCELONA

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
Pez, 40, segundo: Minas, 2, segundo.
1878

[240.19]

¡¡TRES YERNOS!!

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA ARREGLADA DEL FRANCES

POR LOS SEÑORES

D. CALISTO NAVARRO

Y

D. JOAQUIN ESCUDERO.

Estrenada con gran éxito en el teatro de Eslava de Madrid la noche del 27 de Noviembre de 1878.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

de los Sres. J. C. Conde y Compañía, Caños, 1.

1878

PERSONAJES.	ACTORES.
Rogelia	Srta. D.ª Amparo Diaz.
Delfina	Dolores Diaz.
Herminia	Emilia Mavillard.
Clotilde	Julia Alonso.
Don Justo Abel	Don José Mesejo.
Don Juan Aranda	José María Diez.
Diego	Pedro R. de Arana.
Mr. Frank Romailoff	Francisco Peluzzo.
Marqués	Antonio Catalan.
Luciano	Manuel Muñoz.
Bautista	Manuel Lucena.

LA ACCION EN SAN SEBASTIAN.—ÉPOCA ACTUAL.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los señores comisionados de la galería *El Teatro*, perteneciente á los *Sres. Hijos de A. Gullon*, son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL PRIMER ACTOR DEL GÉNERO CÓMICO

DON JOSÉ MESEJO,

leve prueba de amistad, cariño y agradecimiento, de sus buenos amigos

Los Autores.

Archivo Teatral
MILLA
San Pablo 21 - BARCELONA

ACTO PRIMERO.

Sala comun de una fonda: velador en medio con albums y periódicos: piano á la izquierda: sofá, sillas, butacas, etc., etc.: puerta al foro y laterales; estas últimas numeradas.

ESCENA PRIMERA.

HERMINIA al piano, DELFINA y CLOTILDE figuran acabar de bailar con el MARQUÉS y LUCIANO, D. JUSTO en el sofá, deja un periódico que se supone estaba leyendo.

CLO. y DEL. ¡Otra! ¡Otra!

D. JUSTO. Ea, basta de bailoteo; estais muy sofocadas, y pudiérais pescar una pulmonía.

MARQUÉS. Tiene razon D. Justo, y esta tarde, en mi posesion, tendremos ocasion de desquitarnos.

DELFINA. Puede Vd. estar seguro, señor marqués, de que no faltaremos.

MARQUÉS. Será una fiesta campestre, sin pretensiones; una *petit soireé*, y nada más.

LUCIANO. De todos modos, es de agradecer.

D. JUSTO. (Poniéndole un pañuelo al cuello.) Abrígate, Clotilde, estás sudando...

CLOTILDE. ¡Que me arrugas el cuello!

HERM. (Tosiendo.) ¡Ejem! ¡Ejem!

D. JUSTO. ¡Lo veis, ya se ha constipado Herminia!... Claro, te has puesto en la corriente... Toma, toma una pastilla de malvabisco. (Saca una caja.)

HERM. La prefiero de goma.

D. JUSTO. Tambien tengo. (Saca otra caja.)

MARQUÉS. ¡Eso se llama precaucion!

D. JUSTO. Ah, señor marqués, cuando se tienen hijas... no hay más remedio.

LUCIANO. Clotilde... la comprometo á Vd. para esta noche.

CLOTILDE. Con mucho gusto, Luciano.

DELFINA. ¡Qué calor hace!

D. JUSTO. Pues, mira, ponte este pañuelo. (Sacando del bolsillo uno de seda.)

DELFINA. ¡Pero papá!

D. JUSTO. Obedece, ó te pongo esta toquilla. (Sacàndola del otro bolsillo).

MARQUÉS. Este hombre es un almacen.

CLOTILDE. Pero, y Rogelia, dónde está?

MARQUÉS. Al venir aquí la he visto, guiando su brik.

LUCIANO. ¡Oh! La señorita Aranda, es muy intrépida y varonil.

MARQUÉS. Es un sér incomprensible, tímida, á la par que resuelta, amable y altanera á la vez; cautiva con su trato, si bien se resiente de una educacion algo excéntrica.

LUCIANO. Como que ha pasado su infancia en Inglaterra.

DELFINA. Digan ustedes lo que quieran, Rogelia es una buena muchacha, y segura estoy de que á estas horas habrá ido á consolar á la familia de ese pobre pescador, cuya barca se estrelló anoche contra las rocas.

CLOTILDE. Pobre hombre!... No se ha vuelto á saber de él?

MARQUÉS. Se teme que haya muerto.

HERM. Se me ocurre una idea.

D. JUSTO. Veamos.

HERM. Abrir una suscricion á favor de esos desgraciados.

DELFINA. Sí... sí... venga un sombrero, el de papá.

D. JUSTO. Que sensibles son... si no costara el dinero su sensibilidad.

DELFINA. Vamos á ver, tú que pones, papá?

D. JUSTO. Yo... el sombrero, te parece poco?

CLOTILDE. Y usted, Luciano?

LUCIANO. Dos duros. (Qué lástima que esta chica no tenga dote.)

DELFINA. Marqués! (Presentándole el sombrero.)

MARQUÉS. Cuatro pesetas! No tengo más suelto.

HERM. Vamos, señor marqués, para los pobrecitos huérfanos!

ESCENA II.

DICHOS y ARANDA.

ARANDA. ¿Qué es eso, una limosna? Pues aquí estoy yo. Apuntad «El Sr. D. Juan de Aranda, quinientos reales.»

CLOTILDE. ¡No hay lista!

ARANDA. Ah! Pues no habiendo lista ahí va medio duro.

D. JUSTO. Limosna evangélica que no se publica.

LUCIANO. Sr. D. Juan.

ARANDA. Adios, amigo Vargas; deseaba ver á usted, para saber si está ya terminada la cuestion del trazado.

LUCIANO. Aun no se sabe nada.

ARANDA. Lo siento, porque si por fin deciden que la vía pase por frente de mi fábrica, adquiririan doble valor aquellos terrenos.

LUCIANO. Yo avisaré á usted tan pronto como se resuelva.

ARANDA. Gracias, Luciano; y si puede usted hacer algo...

LUCIANO. Descanse Vd... Señoritas, hasta la tarde, en casa del señor marqués.

CLOTILDE. ¿Nos abandona Vd. ya?

LUCIANO. Un ingeniero no se pertenece, y aunque con harto sentimiento...

MARQUÉS. Yo tambien dejo á Vds. Señoritas, tendré el honor de venirlas á buscar.

DELFINA. Pues, hasta luego. (Vánse Luciano y el Marqués.)

ESCENA III.

DICHOS ménos LUCIANO y el MARQUÉS: HERMINIA, DELFINA y CLOTILDE se retiran á un lado para contar lo recaudado.

D. JUSTO. Por lo que te he oido hablar con Luciano, bulle en tu mente algun nuevo proyecto?

ARANDA. ¡Oh! un proyecto gigantesco. Ya habrás oido hablar de ese túnel sub-marino que debe unir la Francia con la Inglaterra?

D. JUSTO. Sí! Acaso tú?...

ARANDA. Cá! hombre cá! Esa es una miseria en comparacion de lo que intento.

D. JUSTO. Sepamos.

ARANDA. Pienso establecer sobre el Canal de la Mancha un ferro-carril aéreo.

D. JUSTO. ¿Y sobre qué puntos de apoyo?

ARANDA. Esa es la única dificultad que se opone á mis planes.

D. JUSTO. Abandona esas quimeras.

ARANDA. Cómo quimeras?

D. JUSTO. Acaso no te basta ser uno de los primeros banqueros de España.

ARANDA. No es la sed de oro la que me arrastra, si no el deseo de gloria. Yo soy hijo de mis actos, no lo niego, y á tí ménos que á nadie, pues sabes perfectamente que salí de mi pueblo con treinta y dos reales por todo capital. Pues bien, ¿qué he necesitado para crearme una fortuna y una posicion independiente?... Audacia, génio y nada más.

D. JUSTO. Eso es modestia.

ARANDA. No lo creas!

DELFINA. Sesenta y seis reales solamente!

CLOTILDE. Y una peseta de cada una...

HERM. Son setenta y ocho reales (Contando por los dedos.)

DELFINA. Poco es; pero ménos seria nada.

HERM. Es preciso llevárselos enseguida á esas pobres gentes... Papá...

D. JUSTO. Id, hijas mias, id á recojer las lágrimas del reconocimiento.

CLOTILDE. Pronto volveremos.

DELFINA. Señor D. Juan, hasta luego.

ARANDA. Hasta luego pollitas (Vanse las tres.)

ESCENA IV.

DON JUSTO y ARANDA.

ARANDA. Son encantadoras tus hijas... ¿Por qué no las casas, hombre?

D. JUSTO. Casarlas!... No deseo yo otra cosa... pero no se encuentran tres yernos así como así. (Sentándose.)

ARANDA. Es cierto!... Tres yernos!... Es una verdadera quinta conyugal. (Sentándose tambien.)

D. JUSTO. Encontrar tres yernos es lo que se llama descubrir la cuadratura del círculo. Para una madre no tanto, pero para un padre... Ah! mi Robustiana me dejó plantado precisamente cuando más falta me hacia.

ARANDA. Tú la reemplazas dignamente.

D. JUSTO. Pero no sin mucha fatiga. No me pertenezco, no descanso, no duermo. De dia á paseo, visitas ó tiendas; de noche al baile, al teatro; yo llevo el alta y baja de los pretendientes. Yo soy quien inventa sonrisas maternales capaces de animar al ménos atrevido; si cesa una conversacion, yo soy quien rompe el silencio... Ah! los caballos de alquiler son ménos dignos de compasion, porque al ménos ellos descansan por la noche.

ARANDA. Pobre Justo! Qué diferente suerte la nuestra. Y eso que hemos nacido en el mismo año y casi en el mismo dia.

D. JUSTO. Juntos abandonamos nuestro pueblo natal con el morralillo á la espalda.

ARANDA. Hay gentes que vienen á este mundo en un dia de sol, al par que otros asoman las narices cuando el horizonte está encapotado y el cielo se deshace en agua: para los primeros la naturaleza es una madre pródiga, para los otros...

D. JUSTO. Una madrastra encarnizada.

ARANDA. La vida se nos presenta en dos formas distintas, dicha ó desventura, fortuna ó desdicha, cara ó cruz, y todo proviene de la misma causa; es cuestion de sol ó de lluvia.

D. JUSTO. Entonces debió diluviar el dia de mi nacimiento. Mientras tú asombrabas á Madrid con tu boato, yo á duras penas pude abrir una modesta perfumería: tú te casaste con una rica heredera que aportaba al matrimonio una cara divina y un capital disparatado: yo tuve que apencar con mi difunta Robustiana, sin más rentas que los restos de un primer himeneo, una cara desprovista de encantos y un carácter peor que su cara. En resúmen, somos viudos los dos, padres los dos, viejos los dos, pero pobre yo solo, y para complemento, tú, potentado, tienes tres dotes lo ménos para una hija, al paso que yo tengo tres hijas, pero sin ningun dote.

ARANDA. Lo que decíamos. A mí el sol.

D JUSTO. Pero con sombrilla.

ARANDA. A tí, el aguacero.

D. JUSTO. Y sin paraguas.

ARANDA. Pobre Justo!

D. JUSTO. Pues mira, á pesar de todo, estoy pronto á bendecir mi suerte si logro atrapar tres yernos... Juan, amigo Juan, ayúdame, búscame uno siquiera para la mayor, para Clotilde que es tu ahijada; piensa en tus deberes de padrino.

ARANDA. Pensaré en ello y acaso alguno de mis de-

pendientes... (Levantándose.) Ea, te vienes á dar una vuelta?

D. JUSTO. No puedo; tengo que esperar á mis hijas.

ARANDA. En ese caso, te dejo. Ha debido ya llegar un vapor y espero en él á mi corresponsal.

D. JUSTO. Un vapor!... Pues mira si en él viene algo que se parezca á un yerno y mandámelo.

ARANDA. (Riendo.) Pierde cuidado. Adios. (Váse.)

ESCENA V.

D. JUSTO, enseguida DIEGO y despues BAUTISTA.

D. JUSTO. Qué orgulloso... uno de sus dependientes.

DIEGO. (Acento mejicano.) Mozo! Mozo! Muchacho!

D. JUSTO. Vaya una impaciencia.

BAUTISTA. Aquí estoy, ¿qué se ofrece?

DIEGO. ¡Hace una hora que estoy llamando!

BAUTISTA. ¿Una hora?... ¡Pero calle!... Sr. D. Diego!

DIEGO. ¿Me conoces?

BAUTISTA. Muchos duros he recibido de Vd. en Méjico, y esto no se olvida nunca.

D. JUSTO. ¡Un mejicano!

DIEGO. Has estado allí?

BAUTISTA. Sí, señor: yo he corrido medio mundo, y cuando conocí á Vd. era camarero en el Hotel Nacional.

DIEGO. Corriente; pues dáme una habitacion?

BAUTISTA. Imposible, señor.

DIEGO. ¿Cómo imposible?

BAUTISTA Aunque me ofreciera Vd. todas sus minas de plata, no podria complacerle.

D. JUSTO. ¡¡Tiene minas de plata!!

BAUTISTA. No queda ni un rincon disponible.

DIEGO. (Dándole dinero.) Acuérdate de mis propinas.

BAUTISTA. Bien, yo buscaré, pero...

DIEGO. (Dándole más.) Busca y encuentra. (Váse Bautista

ESCENA VI.

DIEGO y D. JUSTO.

D. JUSTO. ¿Si será casado?... ¡Ah, caballero, dispense usted, no habia visto!...

DIEGO. Está Vd. dispensado.

D. JUSTO. No sé por qué se me figura que no es usted del país.

DIEGO. Soy con efecto extranjero.

D. JUSTO. ¿Mejicano acaso?

DIEGO. ¡Sí. señor!

D. JUSTO. Me lo he figurado... ¡Bello país!... Hermosa temperatura... (Veamos.) Pero como las señoras son tan curiosas, la de Vd., sin duda, habrá deseado visitar el viejo mundo, y...

DIEGO. No; no señor, soy soltero.

D. JUSTO. ¡Ah! ¡Tome Vd.asiento!... ¿Usted gusta?... (Ofreciéndole la petaca.) Son de contrabando, pero le gustarán á Vd.

DIEGO. ¡Gracias! (Tomando un cigarro.)

D. JUSTO. (Enciende un fósforo y se le dá.) ¡Fuego!

DIEGO. ¡Tanta bondad! (Enciende.) ¿Y Vd?

D. JUSTO. No, gracias; yo no fumo.

DIEGO. ¡Qué original!

D. JUSTO. ¿Con qué es Vd. soltero?... Triste situacion... almorzar solo... comer solo... entregado á cuidados mercenarios... sin afecciones... sin hogar... compadezco á Vd., amigo mio.

DIEGO. Sí, es triste... pero pienso casarme.

D. JUSTO. ¡Excelente idea! Escoger una mujer sin fortuna, hacer su felicidad, atraerla por los lazos del reconocimiento. ¡Oh, sí señor, sí eso es tener un gran corazon.

DIEGO. La fortuna es lo de ménos, efectivamente, y sólo deseo encontrar una compañera, honrada y digna. No se dirá nunca que Diego Alvarez de la Sonora, que cuenta en su familia cuatro generales y tres presidentes, se ha dejado comprar por una mujer.

D. JUSTO. ¡Nobles sentimientos!... Persevere usted en ellos, porque son poco comunes.

DIEGO. Estoy resuelto á casarme con una española .. una madrileña sobre todo, por que señor don...

D. JUSTO. Justo Abel, servidor de Vd.

DIEGO. ¿Abel?

D. JUSTO. Sí señor, el hermano de Cain; es decir, la víctima.

DIEGO. Pues bien, Sr. D. Justo, no le ocultaré á usted que he venido á España con ese propósito, y no pienso volver á Méjico sin llevar una madrileña en mi compañía.

D. JUSTO. ¡Magnífico, Sr. D. Diego! ¡Yo tambien me casé con una madrileña, y mis hijas, mis tres hijas, porque tengo tres, han nacido en la villa coronada, siendo por lo tanto madrileñas de pur sang!

DIEGO. ¿Pur sang?

D. JUSTO. Usted juzgará: Clotilde nació en la calle de Toledo; Herminia en la de Cabestreros, y Delfina en la Puerta del Sol; es decir, en el opcipucio ó sea en el centro de la poblacion. Esto no quiere decir que descendamos de Pelayo, pero estamos muy bien relacionados, y ya tendrá usted ocasion de ver á mis tres perlas, porque son tres perlas, no porque yo esté delante.

DIEGO. Tendré una satisfaccion en ponerme á sus piés, caso de que me quede aquí.

D. JUSTO. ¿Pues no acaba Vd. de llegar?

DIEGO. Sí, pero si no hay habitacion disponible...

D. JUSTO. ¿Si no es más que eso?... Yo tendré un verdadero placer en cederle una de las mias.

DIEGO. Sr. D. Justo, yo no debo...

D. JUSTO. Calle Vd., hombre, calle, Vd.; pues no faltaria más. La hospitalidad se debe á los extranjeros, y todo estriba en que mis hijas y yo nos estrechemos un poco.

DIEGO. En ese caso, admito, y no sé cómo agradecer...

BAUTISTA. (Saliendo.) Sr. D. Diego... por más que he hecho, no he podido...

D. JUSTO. Ya no hace falta: haz conducir el equipage del señor al número 4... Anda.

DIEGO. Y avísame cuando todo esté listo.

BAUTISTA. Descuide Vd. (Váse.)

ESCENA VII.

DICHOS, CLOTILDE y HERMINIA.

D. JUSTO. Hé aquí á dos de mis hijas, Clotilde y Herminia.

DIEGO. ¡Bellas señoritas!

D. JUSTO. Acercáos... justamente estaba hablando de vosotros con mi amigo D. Diego.

LAS DOS. Caballero.

DIEGO. Señoritas! Tengo un honor...

D. JUSTO. Van á estar en sus glorias oyendo á Vd. contar los usos y costumbres de su país. Son capaces de pasarse la noche sin dormir oyendo descripciones de viajes... Sobre todo, Clotilde, que es la mayor, es aficionadísima y conoce esos países acaso mejor que Vd. mismo... Como que ha ganado un primer premio en Geografía!

CLOTILDE. Segundo papá!

D. JUSTO. Bien, pero fué una entriga... por que te correspondia el primero.

DIEGO. Felicito á Vd., señorita, pero es mucho mejor ver que oir, y una vez que le es tan simpática la América....

CLOTILDE. Ay, no señór, nada de eso... Me da mucho miedo el mar.. las serpientes...

D. JUSTO. Ejem, ejem... tú... si .. es verdad, pero á Herminia no le sucede lo mismo, su sueño dorado es el nuevo mundo... Así es que pensó casarla con algun compatriota de usted.

HERM. Ir yo tan lejos y sin Vd?.. No lo permita Dios, me moriria de pena.

D. JUSTO. Malo, malo, malo!

DIEGO. Me parece que estas señoritas no están del todo decididas á tomar estado, y muy cruel ha de ser el hombre que de su lado de Vd. las separe.

D. JUSTO. No, yo le diré á Vd...

BAUTISTA. El cuarto está ya dispuesto (Saliendo.)

DIEGO. En ese caso, con el permiso de estedes voy dentro... Sr. D. Diego!.. Señoritas... (Vase.)

ESCENA VIII.

DON JUSTO, HERMINIA y CLOTILDE.

D. JUSTO. Pero desgraciadas, que es lo que os habeis propuesto?

HERM. Por qué, papá?

D. JUSTO. Quereis quedaros solteras toda la vida?

CLOTILDE. De ningun modo!

D. JUSTO. Entonces no os haceis cargo de vuestra posicion. Creeis que son tan fáciles de colocar en estos tiempos, tres muchachas sin dote.

HERM. Y á caso tenemos nosotras le culpa de no tenerlo?

D. JUSTO. La tendré yo entonces.

CLOTILDE. Ya se ve que sí!

D. JUSTO. Que oiga yo estas cosas!

HERM. Cuando no hay dote, no se deben tener hijas.

CLOTILDE. Eso es.

D. JUSTO. Con que me reprochais?...

LAS DOS. ¡Sí!

D. JUSTO. Pues bien... sabed que si tengo hijas, no es mia la culpa, sino de vuestra madre.

HERM. ¡Pobre mamá!

D. JUSTO. Y hacedme el favor de no lloriquear, porque con esas tonterías se enrojecen los ojos, se hinchan los párpados... y no nos faltaba más que eso.

ESCENA IX.

DICHOS y DELFINA.

DELFINA. Qué es eso, papá ¿Estás incomodado?

D. JUSTO. Ven aquí, hija mia: tú no eres como esas... Por casarte irias al fin del mundo, no es verdad?

DELFINA. Yo lo creo. Dónde se toma el billete?

D. JUSTO. Ya lo veis, esto da gusto. Esta no titubearia en seguir á su marido á Méjico.

DELFINA. A Méjico! Y dónde está Méjico?

U. JUSTO. Desgraciada, no sabes dónde está Méjico? Para qué te he mandado yo al colegio?

DELFINA. Para librarte de mí!

D. JUSTO. Eso es verdad.. Pero no es ménos cierto que me has costado muy buenos cuartos.

DELFINA. Y diga usted, hay maridos en Méjico?

D. JUSTO. Allí hay de todo. Es un país admirable, un clima delicioso... siempre flores por todas partes... siempre sol... un cielo alegre... minas de plata á flor de tierra... con sólo bajarse se llena uno los bolsillos...

CLOTILDE. De plata?

D. JUSTO. O de otra cosa. Todo el que va á América hace fortuna.

HERM. Entónces yo quiero ir.

D. JUSTO. Ya es tarde Clotilde, y tú lo habeis rechazado... Sólo irá Delfina... Pero cómo me voy á arreglar no sabiendo siquiera... Bautista! Bautista! (Llamando.)

BAUTISTA. Señor!

D. JUSTO. Hay por aquí cerca alguna librería?

BAUTISTA. Sí, señor, en esta misma calle.

D. JUSTO. Gracias, puedes marcharte. (Váse Bautista.)

DELFINA. A dónde vas, papá?

D. JUSTO. A comprarte una historia de Méjico para que te la aprendas de memoria.

DELFINA. Y es divertida esa historia?

D. JUSTO. Te crees tú que hemos venido á San Sebastian sólo á divertirnos? Pues no señor, hemos venido para casaros. (Váse.)

ESCENA X.

CLOTILDE, HERMINIA y DELFINA.

HERM. Para casarnos? Pues hasta ahora nada nos habia dicho papá, sobre ese particular.

CLOTILDE. Casarnos, y con el primero que se presente; eso si que no.

HERM. Entonces, de qué serviria el corazon?

CLOTILDE. Cuando hay simpatías, vamos, pase.

DELFINA. Y si esas simpatías nos las inspira un ingeniero, mejor.

CLOTILDE. Qué quieres decir?

DELFINA. Nada, mujer, no creas que aludo á Luciano.

CLOTILDE. Y haces bien, porque Luciano no piensa en mí.

DELFINA. Pero si tú pudieras inclinarle...

HERM. No comprendo como hay quien se casa sin amor.

DELFINA. Papá dice que eso viene despues.

CLOTILDE. Pues no era mamá de su opinion, porque yo me acuerdo haberle oido decir muchas veces: «¡Ay, si yo lo hubiera sabido.»

DELFINA. Y lo oia papá?

CLOTILDE. Ya lo creo, como que le respondia: «Pues si lo hubiera sabido yo!...

DELFINA. Sea lo que sea, yo me caso.

HERM. Si puedes! (Se oyen dar las tres.)

CLOTILDE. Las tres, y hasta las cuatro no vendrá á buscarnos el marqués...

CLOTILDE. En qué pasar el rato?

HERM. Aquí hay periódicos!

DELFINA. Ya que no podemos seguir todas las modas, nos contentaremos con ver los figurines.

CLOTILDE. Vaya un consuelo.

DELFINA. Pues hija, haber nacido rica.

CLOTILDE. Ay, si me hubieran dado á escoger...
(Las tres se sientan á la mesa y se ponen á leer.)

ESCENA XI.

Dichas, FRANK y BAUTISTA.

FRANK. (Acento ruso.) Pues tú te arreglarás.
BAUTISTA. Le repito á usted, que no hay ninguna habitacion desocupada.
FRANK. Y esta?
BAUTISTA. Esta, es la sala comun para todos los huéspedes.
FRANK. Esta noche, tiendes un colchon aquí á un lado...
BAUTISTA. No puede ser.
FRANK. Todo se puede. He entrado aqui y ya no me voy á otra parte.
BAUTISTA. Pero, señor...
FRANK. (Mirándole.) Calle, yo te he visto en otra parte... Ah, sí, ya caigo, en San Petersburgo...
BAUTISTA. Toma! Pues es verdad!... Usted es el señor Frank Romaylof.
FRANK. Y tú, Bautista?
BAUTISTA. Camarero hace dos años en el Hotel Seandie.
FRANK. Doble motivo para quedarme.
BAUTISTA. Yo trataré de arreglarlo, pero lo veo difícil.
FRANK. En último caso dormiré en esta sala.
BAUTISTA. Voy á ver. (Váse. Frank se pasea.)
CLOTILDE. Me gusta la franqueza! ¡Dormir aquí!
HERM. Por qué no?. Faltando habitaciones...
DELFINA. Es ruso, segun he oido.
HERM. Y muy simpático!
CLOTILDE. Te gusta?
HERM. A mí?..

ESCENA XII.

DICHOS y D. JUSTO.

D. JUSTO. (Dándole un libro.) Toma, Delfina, y á estudiar.
DELFINA. Y qué es esto?
D. JUSTO. Una historia ilustrada de Méjico.

DELFINA. Ilustrada?.. Vamos á ver los grabados.
D. JUSTO. (Viendo á Frank.) Quién es ese?
HERM. Un ruso que acaba de llegar.
D. JUSTO. Buena figura... Aire distinguido.
HERM. Verdad que es muy simpático?
DELFINA. Vamos, Herminia!..
D. JUSTO. A estudiar, á estudiar!
HERM. Nosotras tambien?
D. JUSTO. Sí, dejarme solo con él; si acaso ya os llamaré. (Vánse las tres.)

ESCENA XIII.

FRANK y D. JUSTO.

D. JUSTO. Será casado?.. Ah caballero! Vd. dispense, no habia reparado...
FRANK. Yo tampoco... Estaba tan distraido... Servidor de Vd.
D. JUSTO. No sé por qué se me figura que no es usted del país.
FRANK. Aunque he vivido mucho en España, he nacido fuera de ella.
D. JUSTO. En Rusia sin duda?
FRANK. Sí, señor!
D. JUSTO. Lo he conocido en el acento.
FRANK. Pues creo que no se me nota mucho.
D. JUSTO. No, señor, no, habla Vd. perfectamente nuestro idioma; pero he conocido varios rusos y por eso... Me son muy simpáticos los rusos, son tan formales, tan amantes de la familia... Vd. mismo estoy seguro que estaba pensando en la suya?
FRANK. Efectivamente!
D. JUSTO. No me extraña, es tan triste separarse de ella... los hijos, la esposa...
FRANK. No, yo no tengo esa suerte.
D. JUSTO. Cómo, seria Vd. viudo?
FRANK. Soy soltero!
D. JUSTO. Soltero!.. Triste situacion... Almorzar solo... comer solo... entregado á cuidados merce-

narios... Sin hogar... sin afecciones... compadezco á usted, amigo mio!

FRANK. Esas mismas reflexiones me he hecho yo algunas veces.

D. JUSTO. (Ofreciéndole un cigarro.) Usted gusta?

FRANK (Tomando uno.) Gracias!

D. JUSTO. (Enciende una cerilla.) Fuego?

FRANK. Gracias!

D. JUSTO. Si ha dejado Vd. en Rusia algun pedazo de su corazon, tenga Vd. cuidado con las españolas...

FRANK. Le traigo entero y pienso dejarlo en este país.

D. JUSTO. Excelente idea... asociar á su vida una jóven sin fortuna... atraerla por los lazos del reconocimiento... Eso es lo que se llama tener un gran corazon.

FRANK. Nunca he pensado casarme con una mujer rica.

D. JUSTO. Nobles sentimientos... persevere en ellos, por más que en este siglo sean muy raros.

FRANK. Pero deseo encontrar al par que reconocimiento, amor.

D. JUSTO. Oh! las españolas saben amar.

FRANK. Pero dicen que son... algo... algo volubles,

D. JUSTO. No diré que no haya alguna, pero la mayor parte son muy formales... Yo tengo tres hijas, y debo confesar, señor... de?

FRANK. Frank Romaylof.

D. JUSTO. Señor de Romaylof, que las he inculcado las sanas costumbres de mi pueblo natal.

FRANK. Con que tiene Vd. tres hijas?

D. JUSTO. Sí señor, tres perlitas, sin amor de padre... Ahí dentro están leyendo... estudiando la historia de Méjico; mañana acaso estudiarán la de Rusia... son tan apasionadas por los viajes... la mayor sobre todo; como que ha ganado un primer premio en geografía... Quiere Vd. conocerla?

FRANK. No la moleste Vd.

D. JUSTO. Cá! hombre, si tendrá mucho gusto... Clotilde!... Clotildita!... ven aquí, hija mia!

ESCENA XIV.

DICHOS y CLOTILDE.

CLOTILDE. Me llamabas, papá!... Ah caballero!
FRANK. Señorita.
D. JUSTO. Estaba hablando de tí con este amigo, y le referia lo mucho que te gustan los países del Norte.
CLOTILDE. Del Norte?
D. JUSTO. Sí... los países frios... las...
CLOTILDE. Pero, por Dios, papá; bien sabes tú que en cuanto empieza el invierno me salen sabañones.
D. JUSTO. Y eso qué significa?
CLOTILDE. Que el frio me prueba mal.
D. JUSTO. Pero...
CLOTILDE. No hay nada más triste que el invierno, y en esas tierras, siempre nieves, siempre hielos...
D. JUSTO. Y dónde has visto nada más... blanco que la nieve?... Los témpanos de hielo... los trineos... No comprendo cómo se puede vivir sin esas cosas.
CLOTILDE. Pues bien, yo no...
FRANK. Siento que mi pobre pátria tenga tan pocos encantos á los ojos de esta señorita.
D. JUSTO. Su hermana Herminia no participará de su opinion... Estoy seguro.

ESCENA XV.

DICHOS y BAUTISTA.

BAUTISTA. Señor, el amo no quiere consentir en que duerma aquí nadie.
FRANK. Y no hay ningun cuarto?...
BAUTISTA. Ninguno!
FRANK. En ese caso... señor mio. (Tendiéndole la mano.) Señorita...

D. JUSTO. Cómo... nos deja Vd?

FRANK. Bien á pesar mio, voy á ver si en otra fonda...

D. JUSTO. No puedo consentirlo. O somos amigos ó no lo somos? Permítame Vd. que le ofrezca una de mis habitaciones... Todo se reduce á que nos estrechemos un poco.

BAUTISTA. Mucho se estrecha este hombre.

FRANK. Pero señor de?...

D. JUSTO. Justo Abel.

FRANK. Yo no debo aceptar...

D. JUSTO. No sea Vd. niño... Los españoles somos así... damos el corazon, y nos ofendemos cuando se nos desaira.

FRANK. En ese caso...

D. JUSTO. Bautista! Haz conducir al núm. 5 el equipaje de este caballero.

BAUTISTA. En seguida. (Váse.)

FRANK. Pues voy, con el permiso de ustedes...

D. JUSTO. Nada, nada, con franqueza.

FRANK. ¡Señorita! (Vase.)

ESCENA XVI.

D. JUSTO y CLOTILDE, despues DELFINA.

D. JUSTO. Es decir, qué no quieres casarte?

CLOTILDE. Pues no he de querer!

D. JUSTO. Poco se conoce. Te presento un mejicano, y le rechazas; te proporciono un ruso, y le desairas; y al primero... vamos, pase, pero al otro...

CLOTILDE. Papá, no lo pude evitar: como acababa de llegar de Méjico, me impresionó el cambio de temperatura.

DELFINA. (Saliendo.) Ya me sé dos capítulos.

CLOTILDE. Manda á Herminia al Norte y á Delfina al Sur, yo prefiero un clima templado.

D. JUSTO. Veremos si puedo convencerla, y en cuanto á Delfina...

DELFINA. Por mí no te apures, papá; estoy decidida y me caso, aunque tenga que ir á China.

D. JUSTO. Ah, si todas fueran como tú... pero ya está aquí nuestro hombre... Idos no quiero que te vea hasta que te sepas á Méjico de memoria al marcharte una miradita eh? de esas que tu sabes... (Vanse las dos.)

ESCENA XVII.

D. JUSTO y DIEGO, en seguida FRANK.

DIEGO. Quién es esa jóven?

D. JUSTO. Mi segunda hija... Delfina... una naturaleza de fuego... apasionada por las emociones y madrileña de los piés á la cabeza... Ya la tratará Vd. y me dará la razon.

DIEGO. Tiene un aspecto encantador.

D. JUSTO. Favor que V. le dispensa. Aquí está el otro.

FRANK. Doy á Vd. las gracias D. Justo; la habitacion es muy cómoda y... apropósito, quién es una jóven que he oido cantar en el cuarto inmediato al mio?

D. JUSTO. Herminia, mi hija menor.

FRANK. Tiene una hermosa voz.

D. JUSTO. Es la ménos española de todas... naturaleza reflexiva y poética, profunda sensibilidad, y... pero permítanme ustedes que haga la presentacion mútua. Don Diego Alvarez de la Sonora.

DIEGO. Servidor de usted.

D. JUSTO. El Sr. Frank Romaylof!

FRANK. Tengo un placer...

D. JUSTO. La casualidad me destina á servir de lazo entre los dos hemisferios. El Norte y el Mediodía... Pero qué ruido es ese? (Rumor dentro.)

ESCENA XVIII.

Dichos, ROGELIA y el MARQUÉS.

ROGELIA. Ya lo ha visto Vd., Marqués: Flor de Lirio ha de hacer siempre de las suyas.

D. JUSTO. Ah, Rogelia!
DIEGO. Hermosa mujer!
FRANK. Figura arrogante!
D. JUSTO. Y quién es Flor de Lirio?
ROGELIA. Mi caballo! (Saludando.) Señores! Le hice enganchar al brick esta mañana, he dado un paseo de tres horas, y al regresar al Hotel, asustado sin duda por una carreta, se encabritó negándose á proseguir su camino: crugió la fusta, los transeuntes gritaron, el brik botó sobre el empedrado, pero vencido el bruto, salvó el obstáculo, y aquí estoy.
MARQUÉS. Todos hemos aplaudido su arrojo.
D. JUSTO. Y piensas tratar así á tu marido?
ROGELIA. Por qué no, si lo merece?
DIEGO. Me gusta! (A Frank.)
FRANK. Es simpática. (A Diego.)
ROGELIA. Qué calor! (Se quita el sombrero y se sienta.)
MARQUÉS. Permite usted? (Abanicándola.)
ROGELIA. Permito y agradezco!
D. JUSTO. Magnífico cuadro!
ROGELIA. Yo debí nacer criolla, para tener veinte esclavos ocupados en abanicarme dia y noche.
DIEGO. Lástima es, señorita, que no pueda Vd. venir conmigo á Méjico. Allí cazaría Vd. caballos con lazo, y en cuanto á esclavos, muchos nos brindaríamos á serlo de su hermosura.
D. JUSTO. Dónde andarán mis hijas?
FRANK. El Norte tiene tambien sus peligros y sus placeres, y si esta señorita visitase la Noruega, no habian de faltarle emociones dignas de su animoso carácter.
D. JUSTO. ¡Esas niñas!
MARQUÉS. Pues yo, Rogelia, creo que haría Vd. mucho mejor no saliendo de España. Aquí la mujer es la verdadera soberana, y Vd. ha nacido para ocupar un trono.
ROGELIA. Pobre soberanía la de la mujer.
MARQUÉS. Sin embargo, los hombres...
ROGELIA. Los hombres!... Ya no hay hombres. Nuestras locuras, ó sus exigencias, han creado

entre ellos la epidemia del celibato. El señor, como ruso, ácaso no me comprenda, porque en su país la familia es el arca santa, la mujer es la verdadera mitad del hombre: esposa y madre pasa su vida entre dos deberes... y todas las noches, despues de cumplidos estos, el abuelo lee la Biblia en alta voz, delante de sus hijos, que la escuchan de pié y con la cabeza descubierta. Aquí, esta vida, es monótona, ridícula, y nos reimos de ella.

DIEGO. Nuestras costumbres, en cambio, tienen muchos puntos de contacto con las de España.

ROGELIA. Tampoco estamos conformes; las mujeres de su país de Vd., se ahogarían entre nuestras triples colgaduras de gasa y seda... Las nuestras se desmayarían de terror al escuchar el grito de guerra de los indios, asaltando una hacienda y arrancando cabelleras al rojizo resplandor del incendio.

D. JUSTO. Cuál es tu bello ideal entonces?

ROGELIA. Una casa de campo en el verano, un suntuoso hotel para el invierno; abono en todos los teatros, invitaciones para todas las *soirées*, carruajes, caballos, aderezos de brillantes y todo aquello que pueda halagar el amor propio de una mujer á la moda: me parece que no soy exigente.

D. JUSTO. No, ciertamente, y eso bien puede tenerlo cualquiera.

MARQUÉS. Usted ha nacido para eso, y á nadie mejor que á Vd. confiaria yo mis salones en un dia de recepcion, pues la considero la única para desempeñar la mision de gran señora.

ROGELIA. Ese es un papel que está á la altura de cualquier inteligencia.

MARQUÉS. No tanto, no tanto.

ROGELIA. Todo estriva en ser sencilla y modesta, al par que orgullosa, la gracia del talento, árbitra del gusto, atractivo del génio... Ah, pero, Marqués, sus salones de Vd. están muy

distantes de mí. Yo no soy más que una industrial, una letra de cambio con más ó ménos guarismos, á la cual dará mi padre por compañero un talon del Banco de un valor análogo, á ménos que algun noble degenerado, se digne honrarme con el único fin de restaurar con mi dote el apagado brillo de sus blasones.

MARQUÉS. Ah, si tuviera veinticinco años!..

ROGELIA. Qué haria usted?

MARQUÉS. Pedir y suplicar hasta obtener la posesion de ese tesoro de gracia y de talento.

ROGELIA. Pues aunque no tenga Vd. veinticinco, años le invito á Vd. para lo primero que se baile esta noche.

ESCENA XIX.

DICHOS y ARANDA.

ARANDA. Felices, señores!

D. JUSTO. Señor Marqués, un favor.

MARQUÉS. Concedido.

D. JUSTO. Me voy á permitir llevar en mi compañia estos dos señores, á quien tengo el gusto de presentarles. El Sr. Frank Romaylof de San Petersburgo.

ARANDA. Conozco esa casa de comercio, y es una de las más fuertes.

D. JUSTO. Y D. Diego Alvarez de la Sonora, propietario de varias minas de plata, en Méjico.

ARANDA. Las mejores del mundo.

MARQUÉS. Señores, ya se acerca la hora y voy á adelantarme á fin de que cuando ustedes lleguen hallen abierta la puerta y sean recibidos tan dignamente como se merecen.

ROGELIA. Señor castellano, haced levantar el rastrillo. La comitiva llegará á las cinco á la puerta de vuestro castillo... Papá llevará el guion.

ARANDA. Qué loca!

ROGELIA. Mucho! Pero no puedes vivir sin mi.
ARANDA. Esa es la verdad.
MARQUÉS. Señores... No olviden que les espero. (Vase).

ESCENA XX.

Dichos, ménos el MARQUÉS, en seguida CLOTILDE, DELFINA y HERMINIA.

D. JUSTO. Pero dónde se habrán metido mis hijas!
DIEGO. (Aparte á Aranda.) Caballero, su hija de usted es encantadora, y deseo que hablemos...
ARANDA. Hablaremos por el camino!
D. JUSTO. Niñas! Clotilde... Herminia!...
FRANK. (Aparte á Aranda.) Tengo que suplicar á usted un favor.
ARANDA. Diga usted!
FRANK. Su hija Rogelia!...
ARANDA. (Ah, vamos...) Hablaremos, amigo mio.
DELFINA. Llamabas, papá?
D. JUSTO. Sí: ya es hora, vamos.
HERM. Rogelia!
ROGELIA. Amigas mias!
ARANDA. Amigo Justo, estoy muy satisfecho.
D. JUSTO. Y yo!
ARANDA. Tengo dos yernos.
D. JUSTO. Pues ya me sobra uno.
ARANDA. No; si son para mí.
D. JUSTO. Ah!
ARANDA. Tu ruso y tu mejicano...
D. JUSTO. Eh!
ARANDA. Acaban de pedirme, aunque indirectamente, la mano de Rogelia.
D. JUSTO. La... ma... no... Ay!... Ay!
ARANDA. Qué tienes?
DELFINA. Papá!
HERM. Se pone malo.
ROGELIA. Qué ocurre?
D. JUSTO. Nada! La lluvia! La lluvia!!
(Cae en una butaca, todos le rodean sosteniéndole y haciéndole aire: cuadro muy animado y mucha rapidez.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Parque: à la izquierda pabellon con escalinata y al frente, sobre la puerta de entrada, un escudo de armas consistente en un árbol y una copa encima; cenadores, bancos rústicos, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

DELFINA y HERMINIA, sentadas á los dos extremos; enseguida D. JUSTO, por el foro, muy pensativo.

DELFINA. (Leyendo en su libro.) Cuando los españoles llegaron á Méjico, hallaron á esta nacion en un estado floreciente de civilizacion...

HERM. (Idem en otro.) La Rusia es el imperio más grande de Europa.

D. JUSTO. Dos!... ya tenia dos... Ah, pero los rescataré... Eran mios, yo los descubrí y me pertenecen.

HERM. Papá!

D. JUSTO. Hola, hijas mias!

DELFINA. Estás ya mejor?

D. JUSTO. Sí: aquello no fué nada. Qué haceis aquí?

DELFINA. Estudiar la historia de Méjico.

D. JUSTO. Y tú, que lees?

HERM. Un libro que hallé en la biblioteca del Marqués.

D. JUSTO. Alguna novelita, eh?
HERM. No, señor, usos y costumbres de la Rusia.
D. JUSTO. Bien, hija mia, bien; seguid vuesta tarea. (Aparte). Su hija no puede casarse con los dos... y al fin y á la postre, me quedará uno siquiera. Algo es algo.

ESCENA II.

DICHOS, ROGELIA y el MARQUÉS.

MARQUÉS. Señor don Justo... Señoritas... En el comedor hay preparado un refresco y están ustedes haciendo falta.
D. JUSTO. Yo, no... gracias... Si éstas quieren ir...
DEL. HER. Ay, sí, sí!
ROGELIA. Os recomiendo los quesitos helados.
DELFINA. Seguiremos tu consejo, vamos, Herminia? (Dejando el libro junto á la sombrilla.)
HERM. Vamos. (Vánse corriendo.)

ESCENA III.

ROGELIA, MARQUES y D. JUSTO.

MARQUÉS. Seguimos nuestro paseo?
ROGELIA. Prefiero descansar un rato.
D. JUSTO. Si yo pudiera...
MARQUÉS. Se empeñó usted en recorrer la posesion...
ROGELIA. Que es magnífica... y sobre todo el palacio.
D. JUSTO. Suntuoso, y ahora me convenzo de que no hace falta ir al Perú ni á *Méjico*, para admirar maravillosas creaciones.
MARQUÉS. Esos países, desgraciadamente, están aun poco civilizados.
D. JUSTO. Y no ofrecen atractivos... landas desiertas, terribles serpientes... bestias feroces...
ROGELIA. (Señalando al escudo.) Marqués, qué significa ese árbol sínople, en campo de oro, con una copa

superpuesta, y con la divisa de «Al más digno?»

MARQUÉS. Hola! Entiende Vd. de heráldica?

ROGELIA. Preciso es saber un poco de todo.

MARQUÉS. Esa copa, señorita, encierra una antigua leyenda del tiempo de los germanos, cuando los bárbaros del Norte invadieron nuestras montañas.

D. JUSTO. Esos bárbaros venian de Suecia, Dinamarca y Noruega; no es así, marqués?

MARQUÉS. Sí, señor!

D. JUSTO. Horrible país... temperatura glacial, completamente inhabitable para nosotros.

ROGELIA. Con que decia Vd. que esa copa?...

MARQUÉS. Fué ofrecida al fundador de mi raza, despues de un glorioso combate.

ROGELIA. Ofrecida?... Cómo y por quién?

MARQUÉS. En un banquete, por la heredera de este dominio, que segun antigua costumbre, y en su calidad de señora feudal, debia escoger esposo entre los vasallos y aliados de su padre, convidados al festin de la boda. Ella escogió al más humilde y pobre de todos, que era al mismo tiempo el más valiente, y le presentó la copa para designarle á todos como el elegido de su corazon; desde aquel dia, los Campo Verde usan esas armas.

ROGELIA. Es una interesante leyenda.

D. JUSTO. Y que encierra una gran leccion, un ejemplo digno de seguirse!... Casarse con un hombre pobre, haciendo á la vez su fortuna y su dicha... Si yo fuera mujer y rica, ese seria mi matrimonio! ..

ROGELIA. Y el mio! Salvo algunas modificaciones.

MARQUÉS. Desgraciadamente, el Sr. Aranda no creo que sea de esa opinion.

D. JUSTO. Aranda!... Aranda es especial, y si Rogelia se deja casar por su padre, la compadezco.

ROGELIA. Pues bien, amigo D. Justo; búsqueme usted un leal y esforzado caballero que me

ame, y aunque sea pobre y oscuro, como el héroe de esa leyenda, juro á Vd. que no tendré otro marido. Marqués, vamos á continuar nuestro paseo?

MARQUÉS. Estoy siempre á sus órdenes (Vánse.)

ESCENA IV.

D. JUSTO y enseguida LUCIANO.

D. JUSTO. Un jóven pobre, leal y esforzado... Ah si yo pudiera encontrarle!..

LUCIANO. Ya llego tarde... D. Justo, por dónde anda la gente?

D. JUSTO. Las niñas? En el comedor.

LUCIANO. Pues voy corriendo...

D. JUSTO. Espero usted... (Pobre, leal y esforzado!)

LUCIANO. Qué ocurre?

D. JUSTO. No piensa usted en casarse?

LUCIANO. Por ahora, sólo pienso en tomar algo.

D. JUSTO. Y si se tratase de una rica heredera?

LUCIANO. Si hereda en el acto, me conviene.

D. JUSTO. Haga usted el amor á Rogelia.

LUCIANO. Pero D. Justo...

D. JUSTO. Hablo con datos... Enamórela usted... y no debo decirle más.

LUCIANO. El caso es, que...

D. JUSTO. Ella le espera á usted, allí está la dicha, corra usted en su busca.

LUCIANO. Pues señor, bueno (Váse.)

D. JUSTO. Dios mio, protege á este padre comprometido!

ESCENA V.

D. JUSTO y BAUTISTA.

BAUTISTA. Señor don Justo!

D. JUSTO. Como... tú aquí?

BAUTISTA. Sí señor; han llegado dos cartas urgentes para D. Diego y para el ruso, y el amo me ha enviado con ellas.

D. JUSTO. O lo que es lo mismo, te ha dado á ganar dos buenas propinas.
BAUTISTA. No señor; una nada más.
D. JUSTO. Cómo una?
BAUTISTA. Sí, la de D. Diego.
D. JUSTO. Pues y Romaylof?
BAUTISTA. No tiene un cuarto.
D. JUSTO. Imposible, si es una casa de comercio...
BAUTISTA. Ese era el tio.
D. JUSTO. Pero el tio murió.
BAUTISTA. Dejándoselo todo al hermano del Sr. Frank.
D. JUSTO. Todo?
BAUTISTA. Todo: no podia sufrir á éste y le desheredó.
D. JUSTO. Qué me cuentas?
BAUTISTA. Vaya, D. Justo, tengo mucha prisa, y si usted me hiciera el favor de entregar al ruso su carta...
D. JUSTO. Si, hombre, sí... Dáme tambien la de don Diego, si quieres.
BAUTISTA. Ya se la he entregado. Con que muchas gracias y mandar. (Vase.)

ESCENA VI.

D. JUSTO en seguida ARANDA.

D. JUSTO. Si Aranda escogiese al ruso... hay que hacer que le escoja.
ARANDA. Vengo á participarte que ya tengo yerno.
D. JUSTO. Y cual de ellos?
ARANDA. El mejicano.
D. JUSTO. (Debia habérmelo figurado... Continúa lloviendo.)
ARANDA. Te has quedado pensativo?
D. JUSTO. No... si no que.
ARANDA. Te digusta acaso?..
D. JUSTO. Al contrario; si has hecho un gran negocio... Te deshaces de tu hija, y aunque en aquel pais abunda el vómito negro y la fiebre amarilla... por lo demás, el clima es bueno...

Cincuenta grados Reamur...

ARANDA. Pero como Rogelia v virá en Méjico.

D. JUSTO. Pues tanto mejor... la ciudad es magnífica... de cuando en cuando suele haber revoluciones, degollinas y fusilamientos, pero eso...

ARANDA. Pues mira, no habia yo pensado...

D. JUSTO. Todo no se puede conciliar: tu futuro yerno posee minas de plata, y en último caso... los duelos con pan son ménos.

ARANDA. Eso sí; bullen en mi mente mil pensamientos: crearé una sociedad de minas argentíferas.

D. JUSTO. Y harás un gran negocio si no tropiezas con inconvenientes...

ARANDA. Inconvenientes?

D. JUSTO. Eventuales, pero suele haberlos...

ARANDA. Y cuáles pueden ser?

D. JUSTO. Los filones se empobrecen... aparecen bolsadas... luego si los accionistas van de mala fé... como en minas ha habido tanto petardo... Ah, pero eso no debe arredrarte.

ARANDA. Yo te diré... si eso sucediese...

D. JUSTO. Puede ocurrir tambien que el Gobierno necesite....

ARANDA. El qué?

D. JUSTO. Las minas para algun empréstito forzoso... Esto es raro, pero se suelen dar casos.

ARANDA. Don Diego no me ha dicho nada...

D. JUSTO. Y ha hecho bien: eso hubiera sido poner la horca antes que el lugar.

ARANDA. Tú me abres los ojos.

D. JUSTO. Acaso exageremos, y la prudencia nos lleve demasiado lejos, pero...

ARANDA. No; me ha bastado un solo momento para abarcarlo todo... Tú no tienes mi golpe de vista.

D. JUSTO. Pues bien; ya que hemos llegado á este terreno, te confieso ingénuamente, que yo, en tu lugar, hubiese preferido al ruso.

ARANDA. Es cierto; la casa Romaylof es la más rica de San Petersburgo... tiene un inmenso crédito... Por qué se habrá adelantado ese don

Diego? Me ha hablado de una manera, que yo...

D. JUSTO. Acaso tuviera prisa!...

ARANDA. Prisa!... has dicho prisa... Ahora lo comprendo todo.

D. JUSTO. Y qué es ello?

ARANDA. Qué torpe eres! Esa impaciencia es sospechosa, y demuestra bien á las claras que lo que quiere es apoderarse de la dote.

D. JUSTO. Silencio, aquí está él.

ESCENA VII.

DICHOS y D. DIEGO.

DIEGO. Señores!

D. JUSTO. Amigo mio!

ARANDA. (Paseándose.) Y yo que no he caido...

DIEGO. Qué le sucede?

D. JUSTO. Vacila... no sabe á quién elegir, entre usted y el ruso.

DIEGO. Pues á mí me ha dicho...

D. JUSTO. Es algo voluble; apriétele Vd., que pobre testarudo, saca mendrugo. (Esto es enzarzarlos!)

DIEGO. Pues no faltaria más...Señor, Aranda, acabo de recibir una carta, en la que me reclaman de mi país.

ARANDA. Qué demonio!

DIEGO. Así es, que mañana se puede publicar la primera y la última amonestacion, y dentro de tres dias me llevo á mi mujer.

ARANDA. Llevar á su mujer... y dónde?

DIEGO. A Méjico!

ARANDA. Cómo, mi hija ir á Méjico?

DIEGO. Creo que ya estábamos conformes.

ARANDA. Exponerla al vómito negro... á la fiebre amarilla...Imposible, imposible, amigo mio!

DIEGO. Pero de dónde ha sacado? (Á D. Justo.)

D. JUSTO. Vaya Vd. á saber. (Esto marcha!)

ARANDA. Hija única, y dejarla arrastrar dos mil leguas lejos de mí?... Eso es superior á mis fuerzas.

DIEGO. La mujer debe seguir al marido.

ARANDA. Eso será en Méjico; aquí el marido sigue á la mujer.

D. JUSTO. Y á buen paso algunas veces.

ARANDA. Sacrificio por sacrificio; yo me inmolo entregándole mi hija; usted nos inmola su pátria.

DIEGO. Eso, nunca!

ARANDA. Es decir, que desea usted romper?

DIEGO. Yo no he dicho...

ARANDA. Estamos conformes: usted retira su palabra y yo la mia. (Me safé.)

DIEGO. Sin embargo, yo creo...

ARANDA. Mi dignidad me prohibe discutir. Beso á usted su mano. (Váse.)

D JUSTO. Ya es mio! ya es mio!

DIEGO. Pero ha visto usted?

D. JUSTO. No lo extraño; como no tiene mas que una hija!... Si tuviera tres como yo, podria arriesgar una, ó dos...

ESCENA VIII.

DICHOS y DELFINA.

DELFINA. Papá, vengo á buscar... Ah, caballero!

D. JUSTO. (Presentándola.) Delfina, mi hija segunda; aun creo que no la habia usted visto.

DIEGO. Sí: si tal... en el jardin...

DELFINA. Ha reparado en mí!

D. JUSTO. Y qué vienes á buscar, encanto mio?

DELFINA. La sombrilla... Vamos á pasear por el estanque...

D. JUSTO. Por el estanque!... Más te agradaria en el gran Océano...

DIEGO. Le gusta á usted el mar, señorita?

DELFINA. Oh, mucho... Papá, dáme ese libro! (Con intencion.)

D. JUSTO. Un libro!... Y de qué trata? A ver.!. *Historia de Méjico*!

DIEGO. Una historia de mi país!

DELFINA. Por qué no?... Tienen ustedes costumbres tan diferentes á las nuestras... que...

DIEGO. Somos un poco salvajes.

DELFINA. Muy al contrario... Los trages son muy pintorescos. Allí, la vida está llena de emociones, y todo... todo contribuye á que una sin querer se entusiasme, y arrastrada por el interés, deboré las páginas de ese libro.

DIEGO. Es usted la primera española á quien he oido hablar así de mi país... Me permite usted que la acompañe hasta el estanque?

DELFINA. Y por qué no se embarca usted con nosotros?...

D. JUSTO. Sí: embárquese usted con ella, verá que bien vá!

DIEGO. Señorita. (Ofreciéndole el brazo.)

DELFINA. Venga usted, y al llegar á alguna *rancheria*, le ofreceremos *pernil de búfalo* y rico *mezcal*.

D. JUSTO. (Qué memoria... En dos horas.)

DIEGO. Señor don Justo, tendria un placer en poder ofrecer á esta señorita mi brazo hasta Méjico. (Vánse.)

D. JUSTO. El brazo!... Esto ya es algo, porque al final del brazo está la mano.

ESCENA IX.

D. JUSTO, MARQUÉS y enseguida ROGELIA.

MARQUÉS. Ha visto usted á Rogelia?

D. JUSTO. No señor, yo no veo mas que á mis hijas.

ROGELIA. (Dentro.) Está bien así, no hay que tocar nada.

D. JUSTO. Ahí la tiene usted.

MARQUÉS. Efectivamente.

D. JUSTO. Cuando Aranda sepa que el ruso no tiene un cuarto, ja! ja!, cada uno se las busca como puede. (Váse.)

ROGELIA. (Saliendo del pabellon.) Señor Marqués, teniendo un jardin tan hermoso, es imperdonable que haya usted dejado sin adornar ese pabellon.

MARQUÉS. Fué un olvido.

ROGELIA. Que yo me he permitido reparar; observe usted qué vista presenta lleno de flores.

MARQUÉS. Qué quiere usted, es la desgracia de los solterones.

ROGELIA. Y por qué no se casa usted? (Sentándose.)

MARQUÉS. Lo he ido dejando... dejando; mi cabeza ha empezado á cambiar de color, y he tenido que persuadirme de que ya era demasiado tarde.

ROGELIA. Siempre hay tiempo de arrepentirse.

MARQUÉS. Esa es mi opinion, y he determinado...

ROGELIA. Casarse?

MARQUÉS. Sí señora... Estoy decidido, y esta misma noche...

ROGELIA. Qué?

MARQUÉS. Quemo mis naves, como Cortés.

ROGELIA. Ah!

MARQUÉS. Me han propuesto una viuda, que aunque no muy jóven...

ROGELIA. Cómo, una viuda?... (Levantándose.)

MARQUÉS. Sería mucha fatuidad en mí pensar en casarme con una niña. Mis amigos quieren que sea un matrimonio de conveniencia; es decir, blason contra blason; y aunque ya decidido, yo no sé... Rogelia, qué me aconseje usted?

ROGELIA. (Con sequedad.) Que siga usted el consejo de sus amigos... Un Campo Verde, ni debe ni puede contraer un matrimonio desigual.

ESCENA X.

Dichos, ARANDA y FRANK, despues HERMINIA.

ARANDA. Hija mia, te presento al señor Frank Romaylof, que acaba de pedirme tu mano.

MARQUÉS. Cómo?

ARANDA. Yo, soy así... Pronto en mis asuntos, y doblemente en este de familia, que reune todas las conveniencias y en el que espero que Rogelia consienta.

ROGELIA. Ciertamente, papá!

FRANK. Admito, señorita, esa autorizacion para...

ROGELIA. No se moleste Vd., caballero: la casa Romaylof de San Petersburgo se une á la casa Aranda de Madrid, y punto concluido.

HERM. (En el pabellon.) ¡Ah! (Se detiene y escucha.)

ROGELIA. En el mundo de Vd., señor marqués, se unen dos pergaminos: en el nuestro, como dige no ha mucho, es cuestion de capitales; las conveniencias quedan satisfechas, la industria aplaude, el comercio se alegra, los banqueros se frotan las manos. Pero, se aman los esposos? A nadie se le ocurre tal pensamiento: esta es la moda del dia, y andando el tiempo se verá el caso raro de que al dia siguiente de la boda, se pregunten los esposos: cómo se llama Vd?

FRANK. Señorita, por más que ya he tenido ocasion de apreciar su talento, no puedo convencerme de que sea exacta esa pintura: no creo á las españolas capaces de consentir que su mano sea entregada al mejor postor.

ROGELIA. Y, sin embargo, es cierto, y si no, aquí tiene á mi amiga Herminia, y ella le dirá á usted lo mismo, si quiere ser franca.

HERM. (Bajando.) Ya que á mi franqueza apelas, voy á hacer uso de ella, para decirte, que debias hablar por tí sola, y no hacer una profesion de fé, en nombre de las demás.

ROGELIA. Segun eso, no eres de mi misma opinion?

HERM. No por cierto, y me felicito de ello: si de ese modo os casais las ricas, doy gracias á Dios por haber nacido pobre.

ROGELIA. Pero inocente, cómo costear si no, los carruajes, los trajes y los prendidos?

HERM. A costa de mi felicidad, renuncio á ellos.

(Se oye música.)

MARQUÉS. El baile empieza, y ya sabe Vd., Rogelia, que está Vd. comprometida...

ROGELIA. Es cierto, Marqués: (A Frank.) con el permiso de Vd. (Vase.)

ARANDA. Hasta luego, futuro yerno! Herminia, quieres aceptar mi brazo?

HERM. Con mucho gusto, D. Juan. (A Frank.) Caballero!

FRANK. Señorita!... (Mirándola.) Ese es mi ideal!

ESCENA XI.

FRANK y en seguida D. JUSTO.

FRANK. Qué diferente á la otra... Indudablemente he andado desacertado.

D. JUSTO Méjico se inflama! La cosa marcha.

FRANK. ¡Ah! Sr. D. Justo, tiene Vd. una hija encantadora.

D. JUSTO. Las tres lo son... (Con desdén.) De este tronco, cómo han de ser las ramas? (Me carga este pobreton.)

FRANK. Me refiero á la menor.

D. JUSTO. Ah, sí, á Herminia!

FRANK. Acaba de mostrar una gran sensibilidad... Su hija de Vd. hará feliz á su esposo.

D. JUSTO. Así lo creo... Pero hablando de otra cosa... Aquí han traido una carta para Vd.

FRANK. Quién?

D. JUSTO. Un criado de la fonda. (Dándosela.) Tome Vd.

FRANK. Es de mi madre.

D. JUSTO. Por el sobre veo que están Vdes. de luto.

FRANK. Sí, por mi hermano.

D. JUSTO. Cuál de ellos? (Alarmado.)

FRANK. Nunca he tenido más que uno.

D. JUSTO. Y... ha muerto? (Acercándose.)

FRANK. Hace cuatro meses.

D. JUSTO. Cuatro meses!... Y... Vd. le habrá heredado?

FRANK. Sí, señor!

D. JUSTO. Caracoles!.. De modo que la inmensa fortuna del tio?..

FRANK. Ha pasado á mi poder... Mi pobre hermano la disfrutó bien poco!..

D. JUSTO. Con que decia Vd. que Herminia es encantadora?

FRANK. Es una mujer hechicera, y si no estuviera ya comprometido con el Sr. Aranda.

D. JUSTO. Cómo?

FRANK. Sí, me caso con su hija!

D. JUSTO. (Pegándose.) Animal!

FRANK. Qué le pasa á Vd?

D. JUSTO. Nada, no es nada... un mosquito. De manera... que es ya cosa decidida?

FRANK. Así parece!

D. JUSTO. Lo dice Vd. de un modo.

FRANK. Tanto el Sr. Aranda como su hija tienen acerca del matrimonio unas ideas... Yo no tengo la pretension de ser amado á primera vista, pero me repugna pensar que sólo á mi fortuna debo la buena acogida que se me ha dispensado.

D. JUSTO. Ah, pues deseche Vd. esas ideas... Aranda es incapaz... y aunque algo metalizado... nunca hasta ese extremo. (Aquí de mi estratégia.)

FRANK. Doy á Vd. gracias por su buen deseo, pero sin embargo...

D. JUSTO. Aranda es mi amigo y es un deber en mí desvanecer esas dudas ofensivas á su persona.

FRANK. El se acerca.

D. JUSTO. Pues déjeme Vd. obrar y apoye cuanto yo diga... Aranda! Aranda!

FRANK. No comprendo...

D. JUSTO. Ya irá Vd. comprendiendo. (Inspírame Dios mio!)

ESCENA XII.

DICHOS y ARANDA.

ARANDA. Qué te se ofrece?

D. JUSTO. Te llamo para que me ayudes á tranquilizar al señor... pues por más reflexiones que yo le hago... nada... se figura que... Ya le he dicho que no se apesare, que conozco muy bien tu genio desinteresado... y que te creo incapaz...

ARANDA. Pero á qué viene?...

D. JUSTO. Tonterias... Se le ha metido en la cabeza que ya no le querrás dar tu hija.

ARANDA. Y por qué razon?

D. JUSTO. Porque es pobre .. pobre como Job.

ARANDA. Cómo es eso?

D. JUSTO. No fué él, sino su hermano quien heredó la casa Romaylof.

FRANK. (Ah, comprendo.)

ARANDA. Como?.. Su hermano de Vd. fué quien?..

FRANK. Si señor! (Y no miento.)

ARANDA. Usted nada de eso me habia dicho.

D. JUSTO. Fué un olvido, que despues de todo nada implica... por que tú...

ARANDA. Un olvido... un olvido... hay cosas que no deben olvidarse. Caramba!

FRANK. Es decir, que porque soy pobre retira Vd. su palabra?.. Está bien.

ARANDA. No: yo... yo le diré á Vd... mi palabra, es siempre... mi palabra...

D. JUSTO. (Ya llueve.)

ARANDA. Pero...

D. JUSTO. (Ya escampa!)

ARANDA. Es un compromiso... para usted más que para nadie.. Rogelia está educada de una manera... Yo comprendo que acaso habré hecho mal en mimarla demasiado... pero era hija única...

D. JUSTO. Si... este ha sido muy padrazo, la ha acostumbrado á gastar sin travas...

ARANDA. Esa es la verdad... Abusó de mi... Cada baile un traje, cada semana tres bailes... Es un abismo sin fondo, y no teniendo quince mil duros de renta por lo ménos, va Vd. á verse comprometido, exponiendo á cada paso la tranquilidad doméstica.

FRANK. Señor de Aranda...

ARANDA. Yo lo siento... mucho... usted reune todas las cualidades que pueden desearse en un yerno... pero en conciencia, no debo causar su desgracia de Vd. por asegurar la dicha de mi hija... Eso seria demasiado egoismo!..

FRANK. Comprendo, caballero, es una delicada negativa y la acepto.

ARANDA. Pero sin rencor, Sr. Romaylof?

FRANK. Sin rencor, Sr. Aranda!

ARANDA. En ese caso, ahí van esos cinco y usted mande. (Se dan la mano.)

FRANK. Gracias.

ARANDA. (Escapé de milagro). (Váse.)

ESCENA XIII.

D. JUSTO, FRANK y luego HERMINIA.

FRANK. Y ahora, qué me dice señor don Justo?

D. JUSTO. Calle usted hombre: si me he quedado estupefacto! Si yo no se...

FRANK. Por fortuna, no amaba aun á Rogelia para que me cause impresion su pérdida, me fué simpática y nada más.

HERM. (Saliendo.) Papá, no somos más que tres y nos falta uno para jugar al volante.

D. JUSTO. (Ya pareció aquello.)

HERM. Conque si quieres venir...

D. JUSTO. Hija mia yo estoy muy cansado y ese ejercicio es propio de jóvenes... (Señalándole á Frank.)

HERM. Eso es decir que no quieres?...

D. JUSTO. No, eso es decir que busqueis á otro. (Idem.)

FRANK. Ignoro si yo podré reemplazar dignamente á D. Justo; pero si usted me conceptúa útil, suplirá á mi torpeza mi buen deseo.

HERM. Sí señor; si es muy fácil y aprenderá usted enseguida.

FRANK. Con tan buena profesora, no lo dudo.

HERM. Trato hecho, le embargo á usted por media hora.

FRANK. Poco es, y bien dicen que la felicidad siempre fué breve.

HERM. Vamos pues?

FRANK. Vamos; señor don Justo...

D. JUSTO. Vayan ustedes con Dios y gracias. Duro, duro en él... (Vánse.)

ESCENA XIV.

D. JUSTO y enseguida CLOTILDE.

D. JUSTO. Perfectamente!... Mucho trabajo me cuesta, pero creo que saldré airoso... Herminia no le dejará escapar, y creo que ya tengo dos yernos! Dos yerno! Es decir, lo imposible, lo inverosímil en los tiempos que corremos.

CLOTILDE. (Que se habrá ido acercando.) Y yo?

D. JUSTO. Eh? Creí que me habia oido alguien.

CLOTILDE. Yo soy la mayor y no me parece justo que mientras casas á las otras, me quede yo para vestir imágenes.

D. JUSTO. Pero hija, si tú eres tan descontentadiza... Nada te conviene: Rusia por fria y América por cálida... Quieres que te busque un inglés ó un polaco?

CLOTILDE. No quiero extranjeros.

D. JUSTO. Pues hija, no sale otra cosa.

CLOTILDE. Ya que es preciso hablar, hablaré: yo amo á Luciano y quiero casarme con él.

D. JUSTO. Cómo el ingeniero?

CLOTILDE. Sí!

D. JUSTO. Desgraciada, y por qué no me lo has dicho antes... precisamente yo le he inducido...

CLOTILDE. A enamorar á Rogelia?... Ya le he visto sin apartarse de ella un momento. Ay, papá! papá! papá!!!

D. JUSTO. Bien, no te apures... veremos si aun es tiempo.

CLOTILDE. Arréglate como puedas; pero te advierto que si no me caso, vas á pasar en vida conmigo, las penas del purgatorio. (Váse.)

ESCENA XV.

D. JUSTO, LUCIANO y luego ARANDA.

D. JUSTO. El vivo retrato de su madre!

LUCIANO. Amigo don Justo, doy á usted mil gracias por el consejo... Estoy decidido á pedir la mano de Rogelia.

D. JUSTO. Aranda se la negará á usted.

LUCIANO. Quién sabe. (Suspirando.) Ay, señor don Justo!

D. JUSTO. Qué le pasa á usted?

LUCIANO. Qué lástima que no tenga usted siquiera cinco mil duros que dar á sus hijas... Hubiera sido yo tan feliz, uniéndome á Clotilde...

D. JUSTO. Cinco mil duros! Y por qué no se los dá usted?

LUCIANO. Por que no los tengo.

D. JUSTO. Pues eso me pasa á mi... Cinco mil duros! De dónde sacarlos?

LUCIANO. Yo como usted comprende... debo pensar en el porvenir... y... Aqui viene D. Juan.

D. JUSTO. (Por este lado estoy tranquilo.)

ARANDA. Y bien, amigo Vargas, qué hay de nuevo?

LUCIANO. Señor don Juan, la sociedad acaba de confiarme con ámplios poderes, la direccion de los trabajos del ferro-carril de esta provincia, con tres mil duros de sueldo: viéndome,

pues, con una posicion asegurada, me atrevo á solicitar de usted el honor de ser su yerno.

ARANDA. Cómo?.. Quiere usted casarse con mi hija?

LUCIANO. Sí, señor!

D. JUSTO. (Valiente sofion vas á llevarte.)

ARANDA. Pues, sí, señor: se la concedo á usted.

LUCIANO. Oh, gracias! (Sube el foro.)

D. JUSTO. Pero hombre, Aranda, con un ingeniero?...

ARANDA. Con un ingeniero que es una fortuna... Está encargado del trazado... y si hace pasar el camino de hierro por delante de mi fábrica...

D. JUSTO. Pobre Clotilde!... Nos cogió el chaparron!

ESCENA XV.

DICHOS, El MARQUÉS y ROGELIA, DIEGO y DELFINA, FRANK y HERMINIA, despues CLOTILDE.

ROGELIA. De modo que la viuda?...

MARQUÉS. Pura invencion!... Una sola mujer hay capaz de decidirme á tomar estado; pero no pude esperar nunca que ella me aceptase?

ROGELIA. Esa traicion merecia venganza.

ARANDA. Rogelia... Aquí tienes á tu futuro esposo. (Presentando á Luciano).

ROGELIA. Lo siento mucho, papá, pero me caso con el Marqués, que acaba de honrarme solicitando mi amor.

D. JUSTO. Ah! (Frotándose las manos.)

LUCIANO. El?

ARANDA. El señor Marqués?...

MARQUÉS. Me negará Vd. su consentimiento?

ARANDA. Cómo rehusar tal honor?... Pero este caballero. (Por Luciano.)

D. JUSTO. (Aparte á Luciano.) Renuncie Vd., yo hago su suerte.

LUCIANO. Una vez que no puede ser... Retiro mi peticion!

ARANDA. (Al Marqués.) Marqués, tiene Vd. mi palabra... y mi palabra es sagrada!

D. JUSTO. Ya lo hemos visto!

LUCIANO. (Viéndola salir.) Ah, Clotilde!

ARANDA. Amigo Justo, mi fábrica corre peligro.

D. JUSTO. Yo te la salvaré si haces de mo lo que Luciano se case con Clotilde.

ARANDA. Pero y sí...

D. JUSTO. Dótala en diez mil duros... ya ves... es tu ahijada.

ARANDA. Amigo Vargas, no tengo más que una hija: pero en cambio poseo un ahijada, á quien doto en seis mil duros.

D. JUSTO. En diez mil?

ARANDA. No; en seis.

LUCIANO. Acepto con placer.

D. JUSTO. Yo acepto tambien. (Ya cayó uno!)

DIEGO. Sr. D. Justo, me esperan en Méjico, y si usted...

D. JUSTO. Comprendido y aceptado. (Dos!)

FRANK. Pueden celebrarse las tres bodas en un dia, si Vd...

D. JUSTO. Aceptado tambien. (Ay, los tres!) Digo... si las niñas... qué decís vosotras?

LAS TRES. Qué sí!

D. JUSTO. Si son mudas revientan.

MARQUÉS. Las cuatro bodas se celebran en mi palacio, si á Vd...

D. JUSTO. Aceptado! Hoy lo acepto yo todo: el sol! el sol! y con sombrilla! Mis yernos! Mis queridos tres yernos! (Abrazándoles.)

ARANDA. Los tres fueron mios... yo los dejé caer y tú...

D. JUSTO. Los recogí... no era cosa de que se perdieran.

(Al público.)

Padres, los que teneis hijas,
y encontrar no podeis yernos,
si quereis salir airosos
miraos en este espejo:
mucha calma, mucho tino,
no desperdicies el tiempo,
y para darles salida
tomad de este padre ejemplo,
y concededle un aplauso
siquiera por el consejo.

3 0112 117490422

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, 6 rs.